

CAPITULO XXI.

En que continúa el relato de esta verídica historia.

Habia pasado un mes.

Felipe II mantenía una activa correspondencia con don Rodrigo de Santillana y con el doctor don Juan Llanos de Valdés, que había sido nombrado como juez eclesiástico, para entender en el proceso que acerca de estos asuntos se hacía á doña Ana de Austria y á fray Miguel de los Santos, que por ser ambos religiosos, no podían ser encausados como Gabriel de Espinosa por don Rodrigo de Santillana.

El alcalde Portocarrero no entendía en la causa, pero estaba encargado de la custodia de los presos que había en Madrigal, que eran doña Ana de Austria, el padre fray Miguel de los Santos y Sayda Mirian.

Doña Ana estaba en su celda con dos religiosas, que de orden del rey las había puesto de guardas de vista el

alcalde Portocarrero; doña Luisa de Grado y doña María Nieto, estaban en otra celda del convento, guardadas también por religiosas; el padre fray Miguel de los Santos en su celda guardado por alguaciles del tribunal de la nunciatura, que tenían mucho de sacristanes, y Sayda Mirian en la cárcel, en una de las habitaciones del alcaide, y tratada con grandes consideraciones.

A más de esto, entraba y salía libremente en la cárcel y se comunicaba con Sayda Mirian, por órdenes dadas por el alcalde Portocarrero, un personaje muy sério y muy grave, á quien trataba con sumo respeto el alcaide.

Este personaje era Yhayé-ben-Shariar.

II.

Gabriel de Espinosa había sido trasladado de Valladolid á la cárcel de Medina del Campo, con el pretexto de que estuviese el preso más cerca de Madrigal; pero en realidad con otro objeto completamente distinto.

III.

Era una mañana bastante fresca del mes de noviembre.

En la puerta de los Príncipes del alcázar de Madrid, y delante de una puertecilla de una escalera escusada, había una pesada carroza negra, á la que estaban enganchadas ocho mulas.

El cochero y los lacayos estaban en la zaga dispuestos á marchar, y al pié de las mulas los zagales, todos con librea de la casa real; á caballo los caballerizos, y á caballo un centenar de hidalgos de la guardia española, que debían escoltar la carroza; es decir, el rey en aquella carroza se debía trasladar al Pardo.

IV.

A las seis de la mañana, que todavía no era día claro, se abrió la puertecilla de la escalera escusada, y aparecieron envueltos en gabanes de abrigo, y con gorras de abrigo también, dos hombres, que por lo poco que se les veía del semblante, entre lo rebujado de los gabanes, y lo calado de las gorras, parecían el uno tan viejo como el otro.

Aquellos dos hombres eran el rey don Felipe II y su ayuda de cámara, su confidente, su amigo, si es que Felipe II podía tener amigos, Sebastian de Santoyo.

Apresuráronse los caballerizos á abrir la portezuela de la carroza, y entraron en ella el rey y Sebastian de Santoyo.

Inmediatamente se pusieron en marcha, y hora y media despues entraban en el palacio del Pardo, y Felipe II se encerraba en una cámara con Santoyo.

—Vive Dios, Sebastian, que me humilla el paso que estoy dando, y que casi casi estoy por enviar noramala á los venecianos, y á ese monseñor Pietro Mastta, que con tales bríos y tan altos humos me pide una entrevista.

Santoyo, que sabía que lo mejor que tenía que hacer con su real amo cuando estaba de mal humor, era no contestarle una palabra, á no ser que directísimamente le preguntase, guardó silencio.

—¡Qué! ¿No te se ocurre nada que decirme, Sebastian? dijo el rey.

—Nada absolutamente, señor, dijo Santoyo, sino que Venecia es siempre la misma.

—Eso es lo mismo que no contestarme nada, dijo acreciendo en mal humor Felipe II; ya sé yo lo que es Venecia, porque hace muchos años que trato con venecianos, gente á quien es necesario adivinar, porque nunca hablan claro, y de quien es necesario guardarse más, cuanto más amigos se muestran. Veamos qué dices tú de esta petición de un senador del Consejo de los Diez que se nos viene encima, pidiendo una audiencia de una manera que Dios y la Santa Virgen de Loreto me perdonen, me han dado tentaciones de mandar que me le echen mano, me le lleven el castillo de Simancas, me le den garrote sin luz y sin moscas, y me lo entierren á la sordina en los sótanos. Que me traigan una taza de caldo, Sebastian, porque tengo el estómago débil.

Claro se veía, por aquella extraña salida de la taza de caldo del rey, que no había preguntado á Sebastian de Santoyo para que le contestase, sino que estaba irritado, que tenía necesidad de hablar, y que como Santoyo le era fiel en cuerpo y en alma, se permitía aquel desahogo.

Muy pocas personas sabían que Felipe II tenía corazón y lágrimas.

La una de estas personas, hacia ya años que habia muerto de una manera misteriosa en el castillo de Pinto.

Aquella persona habia sido la única mujer á quien Felipe II habia amado con toda la violencia de su enérgico y concentrado carácter.

Aquella mujer fué de las personas que se habian atrevido á Felipe II; la que más profundamente y de una manera más incurable le habia herido en el corazón; la única que le habia hecho olvidar su prudencia y cometer los mayores desaciertos que habia cometido en su vida.

La mujer cuya traicion habia amargado su alma infinitamente más que las traiciones continuadas de que habia sido objeto.

Aquella mujer habia sido la hermosísima, la seductora, la procaz, la loca princesa de Éboli, doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

La otra persona que habia conocido por completo á Felipe II, porque Felipe II le habia amado tanto, y habia depositado en él tan ciegamente su confianza, que nada para él habia tenido oculto, era el hombre que más villanamente habia pagado el amor y la confianza del rey.

Este hombre habia sido su secretario de Estado, Antonio Perez, á quien habia perseguido y se le habia escapado, y habia ido á vender los secretos de su antiguo señor á Enrique IV de Francia, y que vivia miserablemente en París, porque Enrique IV, además de ser muy poco espléndido, no podia estimar como rey á quien le servia de una manera infame, vendiéndole los secretos de Felipe II.

Enrique IV utilizó la traicion, pero despreció al traidor y le pagó mal, y no se fió de él, en todo lo cual hizo indudablemente muy bien.

La tercera y la única persona para quien el rey don Felipe era un libro abierto, sin que abusase de su confianza ni se prevaliese de su favor, sirviéndole con una lealtad á toda prueba, era su ayuda de cámara, el buen caballero, el buen asturiano Sebastian Santoyo.

Por eso el rey se permitia hablar y estar de mal humor y reirse alguna vez y rugir la mayor parte de las veces delante de Sebastian de Santoyo.

Sebastian de Santoyo, en cambio, no abusaba jamás ni del buen ni del mal humor de Felipe II.

Podia decirse que era el hombre que más habia conocido al rey, y que menos se habia mezclado ni tomado parte en sus asuntos.

V.

Volvió á entrar Sebastian de Santoyo, trayendo el caldo en una taza sobre una salvilla de plata, y se puso á enfriar el caldo con la misma solicitud y la misma paciencia que pudiera haberlo hecho una mujer.

Cuando estuvo á punto de ser tomado, presentó al rey la taza, y don Felipe bebió á pequeños sorbos.

VI.

—Pues nos habrá oido llegar ese rey de Venecia, y tan altivos son los diez reyes de aquel noble Estado, no

demos lugar, Santoyo, á que su altivez se ofenda. Echa-mele para acá y déjame solo con él.

—¿Quiere vuestra majestad que ahí, en el camarín inmediato, detrás de la puerta, ponga á uno de esos valientes tudescos que no entienden absolutamente el castellano, para que esté pronto á la voz de vuestra majestad?

—Yo no me llamo Luis XI de Francia, dijo el rey friamente; yo me llamo Felipe II de España, y á nadie tememos, ni nadie se atreve á nos.

—Dicen que los venecianos...

—Los venecianos son noble gente, Santoyo; y sobre todo, la mejor guarda que tiene un rey, es el respeto, el temor que causa. Vé, vé, mi buen Sebastian, y échamele para acá.

Santoyo salió, y el rey cambió completamente de semblante, y apareció impenetrable y frío.

Poco despues entró Aben-Shariar en la cámara, y adelantó lentamente hácia el rey, que le miraba impasible y grave.

VII.

Aben-Shariar no pasaba de cuarenta y dos años; estaba en toda la fuerza, en todo el vigor de su vida, y era hermoso, blanco, con los cabellos, las cejas, los ojos y la barba negros, cortados muy cortos los primeros, y bellamente recortada la segunda.

Iba magníficamente vestido, en contraposición de Felipe II, que lo estaba muy sencillamente.

Aben-Shariar, con su traje de brocado y seda, parecía el original, en cuanto al traje, de uno de esos hermosos retratos del emperador Carlos V, pintados por el Tiziano.

Al llegar á la parte media de la cámara, Aben-Shariar, que habia entrado con el birrete puesto, se le quitó con trabajo, con violencia; pero como si un mismo resorte hubiera puesto en movimiento al rey, éste se levantó lentamente, llevó tambien con sumo trabajo la mano á su gorra de abrigo, y se la quitó.

El rey y el senador del Consejo de los Diez permanecieron en silencio mirándose algunos instantes; los dos altivos, los dos sérios, los dos impenetrables.

Podía decirse que Venecia y España se miraban; es decir, que estaban frente á frente dos enemigos encubiertos, que se respetaban, más bien, que se temían mutuamente, y que se trataban con un frío y calculado respeto.

—Guarde Dios á su majestad el rey de España, dijo Aben-Shariar con la entonación fría y grave.

—Guarde Dios al serenísimo estado de Venecia, contestó el rey con la misma frialdad.

Aben-Shariar sacó un pliego de su escarcela, y le entregó á don Felipe, inclinándose levemente.

Don Felipe, al tomar el pliego, se inclinó tambien, pero ni más ni menos que lo que se habia inclinado Aben-Shariar.

El pliego que el rey abrió y leyó decia así:

«El Dux y el Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, á su majestad el rey de España:

—Sabreis que uno de los Diez de nuestro supremo Consejo de Estado va á vuestra presencia á tratar con vos secretamente un asunto del más grave interés. No es un embajador, sino el Dux y los Diez del Consejo, los que van á hablar con vos, en la persona de monseñor Pietro Mastta, uno de los de nuestro Consejo. Lo que él dijere, lo que él afirmare, lo que él negare, lo dice, lo afirma y lo niega Venecia, que va con él, no como en representación, sino reasumida en su persona. Venecia saludará á vuestra majestad por su boca, y le afirmará la buena amistad que para vos guarda Venecia, y el vivo deseo de que esta amistad no se rompa por nadie ni por nada.—Venecia 25 de setiembre de 1594.—Por Venecia, y por el Consejo de los Diez.—El Dux, *Antonio Foscarini.*»

Por bajo se veia el gran sello secreto de la República de Venecia.

VIII.

El rey puso lentamente el papel sobre la mesa, y dijo á Aben-Shariar, señalándole un sillón que al otro lado de la mesa habia:

—Sentáos, monseñor, á fin de que pueda sentarme yo.

—No soy yo, el patricio Pietro Mastta, el que se sienta á par del noble rey de España; quien se sienta es Venecia, dijo gravemente Aben-Shariar.

—Ciertamente; y por lo mismo que Venecia y España están representadas en dos reyes, porque vos, monseñor, sois uno de los diez reyes de Venecia, y el rey de

España está ya viejo, y esta cámara es fria, yo ruego á Venecia que se cubra, para que yo pueda cubrirme.

Aben-Shariar se puso el birrete al mismo tiempo que el rey su gorro de pieles.

A pesar de la violencia, de la tremenda violencia que el rey se veia obligado á hacer sobre sus instintos y su costumbre en todo aquello que estaba haciendo, no se reveló ni en su semblante ni en su voz la más leve alteracion.

Aben-Shariar, por su parte, miraba de una manera atenta, pero franca y valiente, al rey don Felipe.

—Es para mí ciertamente una satisfaccion el tratar mano á mano por medio de vos con el noble Estado de Venecia, dijo el rey; mi aliada es en un asunto que tanto importa á la cristiandad, como la represion del turco, Venecia y ese valiente Estado tiene, no solo mi amistad, sino mi amor inalterable.

—Venecia, por su parte, ama y estima á vuestra majestad, y de seguro el leon de San Márcos no puede medir sus fuerzas mientras vuestra majestad viva con el leon de España.

—De lamentar seria una desavenencia entre Venecia y yo, dijo Felipe II, desavenencia por la que quien más ganaria seria el turco.

—Venecia, pues, señor rey, viene en mí á vuestra majestad como amiga, á interponer para con vuestra majestad, y entre el misterio más profundo, sus buenos oficios para con una familia que es hija adoptiva de Venecia.

—¿Y qué nombre tiene esa familia? dijo con su manera inalterable Felipe II.